

*A Marcela Rojas, en testimonio de su confianza inquebrantable y su amistad
incombustible.*

VIDA DE UN MAJADERO:

Testimonios irrelevantes de un tipo nada que ver.

Diego Hernández Morales

Agradecimientos especiales a Clarita Alfaro y Jos Den Bekker,
por su lectura minuciosa y sus sugerencias invaluable.

Primera edición mayo de 2021 (Versión revisada)

© 2020 Diego Hernández Morales

© 2021 Imagen de cubierta: David Parra 'Monkey'. Sin título.

Diseño de Carátula: LNG LLC, Broken Arrow, OK, Estados Unidos de
América

Printed on demand

ISBN: 9 789584 919595

PREFACIO

Para 2003, había escrito algunos textos y quería mostrárselos a alguien. Mauricio Vargas trabajaba en el mismo edificio dónde lo hacía yo, así que decidí abordarlo en el ascensor y pedirle el favor de que los leyera. Mauricio Vargas me parecía la persona correcta para darme su opinión, al fin y al cabo, además de ser un periodista reconocido, es el hijo de Germán Vargas Cantillo, miembro del grupo de Barranquilla junto con Álvaro Cepeda Samudio, Alfonso Fuenmayor y Gabriel García Márquez. A pesar de que se encontraba muy ocupado manejando la revista Cambio, tuvo la gentileza de sacar algo de tiempo para leer lo que le hice llegar. Un par de semanas después me recibió en su oficina y me dio su concepto:

-El estilo me hace recordar un poco a Eduardo Galeano, siendo él un poco más profundo.

Esa fue su manera muy educada, de decirme que, aunque estaba bien escrito, en realidad estaba escribiendo güevonadas. Más que desanimarme, sus palabras gentiles fueron un estímulo para seguir intentándolo, así que hablé con mi suegra de la época y ella me presentó a Gustavo Casadiego, quien era el gerente de Ediciones Gamma, y, a su vez, me consiguió cita con el encargado de la parte editorial, el escritor y periodista Germán Santamaría. Santamaría también tuvo la gentileza de leer mis textos y atenderme en una cita en la que me dijo palabras más, palabras menos, que el formato no era muy comercial, y que, si yo quería que me publicaran en Colombia, tenía que escribir una novela, porque, era muy difícil que alguien tomara el riesgo de publicar textos así, de un escritor desconocido. Le pregunté si no creía que, en un futuro, lo que yo escribía podía interesar a alguna editorial, porque tenía la sensación de que era un formato que se ajustaba bien a las nuevas tendencias en internet, a lo que él me contestó muy sinceramente:

-No creo que eso llegue a suceder en un futuro próximo. Tendría que haber un cambio dramático en nuestro modo de vida, que alterara por completo el mercado.

-¿Algo como la peste negra del siglo XIV? Le dije bromeando.

-Exactamente, me contestó. Si usted quiere que alguien le publique esos textos, tiene que ocurrir una pandemia.

Estas dos entrevistas fueron muy clarificadoras, la conversación con Mauricio Vargas me sirvió para definir el género y el estilo: lo mío no era la literatura seria, sino escribir elegantemente apuntes intrascendentes sobre cualquier

majadería. Mi charla con Germán Santamaría me sirvió para establecer la oportunidad: si iba a publicar, tendría que esperar a que ocurriera una pandemia.

Ser paciente se dice fácil, pero a principios de 2004 conocí a un escritor reconocido, célebre por su literatura erótica: Philip Potdevin. Tuve una serie de interesantes conversaciones con él, y recibí muy útiles consejos. Cuando le pregunté qué debería hacer para ser publicado, me aconsejó inscribirme a todos los concursos de novela y de cuento que pudiera encontrar, para ir afinando mi escritura, y con la esperanza de que, tarde o temprano, recibiera algún reconocimiento. Sin embargo, este último consejo no me resultó práctico porque soy incapaz de escribir un cuento medianamente decente, mucho menos una novela. Así que intenté buscar un concurso que se ajustara a mi género, algo así como el Concurso Nacional de la Güevonada Literaria, o el Premio Latinoamericano de Literatura Intrascendente, pero nunca logré encontrar algo por el estilo. Existe una publicación digital llamada 'La bobada literaria', pero contrario a lo que prometen, sus artículos son escritos por gente bastante seria.

Finalmente, aproveché la pandemia para hacer esta recopilación de textos, en los que he podido desplegar toda mi ignorancia enciclopédica en temas tan disímiles como la literatura, la música, el cine, el arte, la sexología, la economía política, la historia de la filosofía y la teología experimental. Algunos pensarían que es una irresponsabilidad de mi parte expresar mis opiniones en temas tan disímiles, pero yo no lo creo así, al fin y al cabo, no inspiro la más mínima credibilidad.

VIDA PRIVADA DE UN MAJADERO

DEL SEXO

I

Cuando tenía poco menos de 10 años, estábamos recibiendo la catequesis en el colegio de monjas en el que estudié la primaria; aquel día, pasaban una película sobre la famosa escena en la que José se entera de que María está embarazada y decide repudiarla en secreto. Al terminar la clase, Leonardo Mejía se me acercó y me preguntó si yo habría hecho lo mismo que José. Yo la verdad nunca había entendido por qué José había repudiado a María, y pensaba que si hubiera estado en su lugar la habría aceptado sin mayores reparos.

- ¿Y es que acaso, usted no sabe cómo se hacen los niños?

No lo sabía. En realidad, nunca me lo había preguntado, mi concepción de la sexualidad era bastante simple: las mujeres tienen hijos y sanseacabó. En un entorno donde tantas mujeres tenían y criaban solas a sus hijos, nunca se me habría ocurrido que los hombres tuvieran algo que ver con el embarazo, yo era más bien de la escuela de la generación espontánea. Pero ese día, estaba destinado a perder mi inocencia de una manera un poco inexacta y escatológica, porque Leonardo Mejía me dijo que él sabía de buena fuente que, para quedar embarazada, una mujer tenía que ser penetrada analmente por un hombre.

A pesar de su aire de suficiencia mundana, me pareció que Leonardo Mejía no estaba tan bien informado como creía. Me resistía a creer aquello, no podía imaginar que la vida humana tuviera un inicio intestinal. Así que, le pregunté a mi mamá cuál era el origen de los bebés, y ella se despachó con una clase muy interesante de apicultura, en la que campeaban abejas, flores, polen y semillas, pero en la que no se hacía la más mínima mención a las partes anatómicas femeninas, respecto de las cuales yo estaba completamente en babia, porque no tenía hermanas y jamás en mi vida había visto a una mujer desnuda

En realidad, todo para mí se volvió confusión. ¿Qué tenían que ver las abejas? ¿Debía entender que si a una mujer la picaba una abeja quedaba embarazada? ¿Y el polen, qué tenía que ver el polen? ¿Acaso para embarazar a una mujer los hombres tienen que zambullir su pene en polen? ¿Y qué era todo aquello de la semilla que siembra el hombre en la barriga de la madre? ¿De qué tamaño era la semilla? ¿Era como el frijol de los semilleros en la clase de Ciencias? ¿O era, más bien, como un maní, o como un maíz? ¿Acaso yo iba a ser un hombre estéril?, porque en el salón de clases a todo el mundo le germinaba el frijol, menos a mí.

Y lo más grave es que nadie supo explicarme cómo se ponía la semilla en el vientre materno. ¿Acaso se ponía en la superficie abdominal como nuestros frijoles de semillero se ponían sobre el algodón? ¿O acaso, había que introducirla por alguna parte? Y si esto era así, ¿Cuál era el orificio femenino apropiado para que los hombres tuvieran a bien depositar su carga seminal? ¿Era en realidad un asunto de traseros? Yo sabía que la naturaleza humana era una mierda, pero ¿realmente, éramos hermanos de los pedos?

Lo más incómodo era esa sensación de soledad en mi ignorancia. Todos parecían saber más que yo, y eso me impedía sincerarme con nadie. Además, ¿a quién iba a preguntarle? ¿A la hermana Camila, que nos daba la catequesis? ¿A la hermana Leticia, que dirigía el coro? ¿A la hermana Bernarda, que controlaba las rutas escolares? ¿A mi mamá que creía firmemente en el papel de la entomología en la reproducción humana? ¿A Leonardo Mejía que parecía tan ciegamente convencido del origen recto-posterior de la concepción humana?

No había nada que me diera la respuesta, ni un libro en la biblioteca, ni una lámina en el salón de Ciencias, nada en lo absoluto. Pasé días mortificado por la duda, hasta que finalmente, se me apareció Lourdes Valencia. Lourdes era valiente, habladora, irreverente y libertaria, su presencia me generaba una fresca sensación de alegría, y aunque creo que estaba enamorada de Leonardo Mejía, (o, tal vez, por eso mismo), se burlaba de él constantemente. En un pequeño rato en el que estuvimos solos, decidí contarle mis inquietudes sobre la reproducción, y la certeza que tenía de que Leonardo estaba equivocado. Dejé escapar una risa burlona.

- Ese Leonardo si es bruto.

Y remató con una frase lapidaria y definitiva:

- Claro que no es por el culo. ¡Es por el ombligo!

Y así, por culpa de este equívoco geográfico pasé la mayor parte de mi vida buscando el clítoris y el punto G en una región donde con seguridad no estaban.

II

Durante mi infancia se consideraba fuera de lugar hablar de sexo, hasta el extremo de que yo nunca escuché la palabra embarazo sino hasta que mi mamá quedó embarazada de mi hermano más pequeño, y ni siquiera cuando nació, en mi casa se escuchó la palabra parto, y mucho menos el verbo parir. Si nacía un bebé en la familia o en la casa de algún vecino, mi mamá solía decir que a fulanita le habían regalado un bebé. Como los nacimientos siempre ocurrían en una clínica, yo pensaba que las clínicas eran básicamente lugares, donde entre otras

cosas, iban las mamás a que les regalaran bebés. Las clínicas y los conventos, porque en las telenovelas era muy común que en los conventos regalaran bebés. Cuando mi mamá fue a la clínica y le regalaron a mi hermano Germán, yo la verdad estaba esperando a una niña, así que le pedí a mi mamá que fuera a la clínica a cambiar al bebé por otro más agradable, lo cual demuestra que, en el capitalismo los niños aprenden antes sobre derecho del consumidor, que sobre biología. Inexplicablemente mi mamá no quiso ir a cambiar a mi hermano, así que a mí me tocó acostumbrarme al niño que le habían regalado a mi mamá en la clínica.

Hasta muy viejo, yo todavía sentía que decir ‘parir’ o ‘parido’ era una grosería, sin importar si la persona en cuestión había sido bien o mal parida. Cuando Lucho Herrera fue campeón de la Vuelta a España de 1987, los españoles que lo acompañaban en el podio empezaron a gritar, ‘Viva la madre que lo parió’, y las personas que estaban viendo la televisión conmigo se escandalizaban de que el público fuera tan vulgar, y yo, que ya estaba en la universidad, casi me sonrojaba porque sentía que lo estaban insultando. Así era el país donde crecí, un lugar donde parir, el vocablo para generar vida, era una mala palabra, pero en cambio el verbo matar se conjugaba en todos los tiempos y lugares desde la más tierna infancia sin que fuera motivo de escándalo.

III

En la época en que yo nací, el Estado y los padres habían dejado casi que la totalidad de la educación en manos de la iglesia católica. Por ejemplo, como mis papás nunca me hablaron de sexo, toda mi educación sexual se la debo a un cura de Bojacá quien, durante una confesión a mis 13 años, y, seguramente utilizando el cuestionario contenido en el Manual del Confesor escrito por Pedro Galindo en 1680, en vez de dejarme confesar espontáneamente, me hizo tantas preguntas sobre actos sexuales con mujeres, hombres, grupos, animales, elementos de aseo, objetos de arte, administrículos deportivos y extremidades superiores e inferiores, que me abrió los ojos a la vida de manera tal, que aun hoy, casi cuarenta años después, todavía tengo pendiente una larga lista de pecados sexuales que no he tenido oportunidad de cometer. Misteriosamente, aquel amable cura de voz jadeante, y que parecía estar muriendo por mis pecados detrás del confesionario mientras me interrogaba, no me hizo ninguna pregunta acerca de pecados relacionados con los otros nueve mandamientos.

IV

En la adolescencia, mis papás eludieron el tema del sexo, regalándome un libro en el que se decía, entre otras cosas, que el onanismo producía cáncer de próstata. Afortunadamente no le hice caso al texto, porque estudios sucesivos